

REFLEXIONES SOBRE LOS RETOS ACTUALES DE LA PEDIATRÍA GENERAL EN EL PAÍS



Como médico pediatra de adolescentes he recibido desde hace diez años a los pacientes que fueron atendidos por médicos pediatras generales y/o subespecialistas de la pediatría a lo largo de sus cortos años. Ellos, controlados o evaluados por una patología severa, han estado bajo cuidado desde su nacimiento y ahora acuden a la consulta de adolescentes con un problema médico, pero además con severos problemas de conducta, de adaptación social, nutricional o de escolaridad que los lleva al riesgo de enfermar o morir o ensombrecer su calidad de vida involucrándose en pandillas, drogas, actividad sexual irresponsable, etc.

La primera reflexión sobre esta cuestión es que nosotros, los médicos pediatras, tenemos el privilegio de ser los primeros en tener contacto con este nuevo ser que Dios y la naturaleza permitieron que tenga vida, y gozamos de una ascendencia sobre sus padres y familia en general. Ellos –nuestros pequeños pacientes– esperan de nosotros no solo cuidados médicos sino también protección de riesgos y defensa de sus derechos como seres humanos; ellos, que aún no hablan por su corta edad o estando en crecimiento no tienen la posibilidad de ser escuchados, esperan que

nosotros podamos ser su voz. ¿Quién si no el pediatra, preparado en una carrera larga de especialidad y subespecialidades, lo haría? No quepa la menor duda de que si estamos dedicados a la pediatría, nos movió nuestra sensibilidad hacia los más indefensos y nuestra compromiso social y de servicio para abrazar esta gran responsabilidad.

Nuestro país espera que entreguemos adultos. No solamente sanos sino que necesitamos ciudadanos saludables, íntegros con buena autoestima y proyecto de vida claro. En un país que lucha contra la pobreza, los problemas nutricionales, la salud materno infantil, pregunto ¿podemos los pediatras plantear estrategias de ayuda desde nuestra atención médica diaria de rutina para asegurar a nuestro pequeño paciente una mejor calidad de vida?

Creo que el pediatra tiene un lugar de privilegio, por su ascendencia ante la madre y su familia que le confía la salud de su menor hijo, para poder intervenir ante la sospecha del riesgo. Por ejemplo en violencia en niños y adolescentes, el maltrato en las diferentes formas que existen física, sexual o por negligencia deja una huella imborrable que se manifestará en su medio actual y trascenderá en la futura familia que forme. Detectar e intervenir precozmente a la familia maltratadora es un aporte objetivo de cambios en el paradigma de ser médico pediatra.

Este trabajo no puede ejercerse de modo solitario, ni es posible un apoyo real si no involucramos a las diferentes disciplinas. Podemos, a través del fin común que es el bienestar del niño y el adolescente, solicitar intervenciones que permitan proteger al menor, solo si ampliamos nuestra misión, de ir más allá de la demanda que hizo acudir a esta madre a la consulta, hacia una misión integral y multidisciplinaria, observando a nuestro paciente como un ser humano con derechos que tiene como primer defensor al pediatra, podremos contribuir a crear una sociedad con mejores indicadores sociales para ellos.

Los tiempos actuales nos obligan a tener una visión integral y holística de la salud del niño, las políticas del Estado brindan este lineamiento tanto para niños como para adolescentes. Nos compete como pediatras aplicarlas en su máxima expresión, obviamente porque nos han confiado la salud de este menor.

No obstante la experiencia actual nos confronta exactamente con las consecuencias de la atención fragmentada, y poco integral, jóvenes muy bien cuidados desde el punto de vista de crecimiento físico, pero muy involucrados en conductas de riesgo, consecuencias, del maltrato familiar, abandono afectivo, fracaso escolar, pobres capacidades para relacionarse, carente de habilidades sociales, con malos hábitos alimentarios, violentos.

La segunda reflexión sería, si bastaría solo una excelente atención biologicista, o debemos como pediatras ampliar nuestra misión y buscar el desarrollo humano integral, para así entregar terminada su adolescencia a un adulto sano y saludable, con habilidades que le permitan salir adelante ante un mundo globalizado y con retos difíciles de supervivencia.

Es el momento de retomar compromisos y acoplarnos a las exigencias actuales en lo referente a salud infantil, que va más allá de la atención médica, ellos –nuestros pequeños pacientes– esperan que los abordemos integral y holísticamente involucrando a la familia en la atención para detectar riesgos y brindarles protección.